

ni en razonamientos, impulso natural que nace en nosotros, no de una vez, á la presencia inopinada del que ha de ser al fin su especial objeto, sino muy poco á poco y á medida que los sentidos se abren á nuevas sensaciones. Un día se estremece el corazón por vez primera al sonido de una armonía, escuchada otras veces con indiferencia; otro, halla un nuevo sentido en el libro hojeado hasta entonces con pueril curiosidad tan solo; cariñosa ternura nos atrae al pajarillo que atormentábamos crueles y al desvalido que mortificaron nuestras burlas; hay más fervor en nuestras oraciones y más anhelo en nuestras caricias; todo nos habla otro lenguaje: hasta que de estas dispersas sensaciones, flores recogidas al azar en el camino de la vida, surge, por fin, al condensarse en una, la esencia del amor, alma del alma que animan nuestros pensamientos mejores, nuestros deseos más acendrados, nuestros afectos más inefables. Y este alma aparte, que el amor depura de nuestra alma, donde se agitan tantas ruindades, debe de ser la inmortal esencia de nuestra vida, el inmortal espíritu

que persiste siempre como única parte de nosotros que merece ser inmortal.

ARLEQUÍN

El Rey se acerca.

#### ESCENA IV

Los mismos, el REY, el GRAN CHAMBELÁN y SIETECIENCIAS. Todos saludan; el Rey se dirige á la Princesa.

EL REY

¡Hija mía! (*La besa.*) Tengo una fausta nueva que comunicarte. Los mensajeros portadores de los presentes del príncipe Zafir han llegado á la Corte. Dentro de una hora los recibiremos en solemne audiencia con el esplendor adecuado á tan solemne acto. (*Al Chambelán.*) Transmitid á todos las órdenes oportunas. (*El Gran Chambelán.*) Vos, Ganimedes, componed una poesía alegórica, concentrando en ella todo el esfuerzo de vuestro ingenio. Sobre todo no alardeéis de originalidad, y procurad inspiraros en los poetas



clásicos. Nada puede decirse que ellos no dijeran antes de modo inimitable.

ARLEQUÍN

Así, para nosotros, quedó solo lo que no puede decirse.

EL REY

Hija mía, no descuides tu tocado. Voy á cambiar de traje. ¡Pesada carga la de una corona! Hoy debo mudar de vestido cuatro ó cinco veces.

ARLEQUÍN

Como yo en los buenos tiempos de la fándula.

EL REY

Vamos, hija. (*La Princesa rompe á llorar.*) ¿Qué es esto?

ZARA

¡Señora, Lesbia mía, hija del alma!

EL REY

¡Qué niñería, indigna de la heredera de un trono! ¡Con razón murmuran en la Corte de este matrimonio! Menosprecias al no-

ble príncipe Zafir, y te atormentas con vanas quimeras. He aquí el fruto de una imaginación descarriada. Mal hice en conservar á tu lado á esa estulta nodriza que ha poblado tu imaginación de extravagantes leyendas, y á ese atrevido juglar de Ganimedes, poeta cacoquimio y ojeroso, y á la pizpireta Colombina y al truhán de Arlequín, villanos sin nobles principios, indigno séquito de una Princesa. ¡He sido débil, lo conozco! ¡He descuidado tu educación! Por culpa tuya, Sieteciencias.

SIETECIENCIAS

¡Señor!

EL REY

Tú prometiste escribir una obra clásica de educación enciclopédica para uso de mi descendencia, por la cual asegurabas gozaría mi pueblo de un soberano modelo, admiración de las edades.

SIETECIENCIAS

Señor, es verdad que emprendí tan ardua tarea; pero no tuve en cuenta que el soberano podía ser soberana, y el nacimiento de



una Princesa trastornó mi plan por su base. Mas no he desistido por eso. Vuestros nietos ó nietas recogerán los frutos del Príncipe epiceno, preceptorio político y filosófico.

EL REY

Retirad á la Princesa. No quiero parecer débil ante ella. (*Salen Zara y la Princesa.*)  
¡Soy Rey antes que todo!

SIETECIENCIAS

Sí, gran señor.

EL REY

El Estado es antes que todo. La paz de un reino bien vale más cruel sacrificio.

SIETECIENCIAS

Señor, la Historia recogerá esas frases. (*El Rey y Sieteciencias salen.*)

GANIMEDES

Y yo tus lágrimas, gentil Princesa.

ARLEQUÍN

Y yo haré de todo un poema burlesco y me burlaré en él de todo... hasta del poema.

MUTACIÓN

Cámara del Rey.

ESCENA V

EL REY SALOMÓN y el GRAN CHAMBELÁN

EL REY

Gran Chambelán, ¿á cuántas personas debo recibir hoy en audiencia?

CHAMBELÁN

He aquí la lista, gran señor.

EL REY

Ilustradme bien sobre los diferentes puntos que debo tratar con cada uno, y cuidad no se altere el orden de entrada. No me expongáis como el otro día á confundir los cumplimientos destinados á personas diferentes y que me hicieron interesarme por la descendencia de una joven próxima á consagrarse á Dios y ponderar las excelencias del



claustro á una viuda decidida á contraer terceras nupcias.

CHAMBELÁN

No fué torpeza mía, gran señor.

EL REY

Veamos. (*Repasando la lista.*) El príncipe Reinaldo. ¿De qué debo hablarle?

CHAMBELÁN

De sus jaurías y de la esplendidez de sus caballerizas; pero no le habléis de su esposa ni del gran número de ciervos que tendió en su última batida, porque pudiera ofenderse.

EL REY

(*Anotando en la lista.*) Está bien. El doctor Yerbaseca.

CHAMBELÁN

Es un sabio. Dejadle hablar cuanto quiera y se retirará satisfecho.

EL REY

La noble señora de Rialto.

CHAMBELÁN

Ignoro sus particularidades, pero creo bastará ponderar su hermosura y la elegancia de su tocado.

EL REY

Aricio.

CHAMBELÁN

¡El poeta! (*Mostrándole un escrito.*) He aquí, señor, un fragmento de sus composiciones; repetidle de memoria, y desde hoy vuestra fama hablará por una voz más. Tararead con este otro, músico peregrino, estas notas de una canción suya. (*Tararea.*) Al recibir á este otro, filósofo sublime, colocad en sitio visible de vuestra estancia esta obra (*entregándole una*), fruto de su elevado entendimiento, pero cuidado de hacerla desaparecer antes de recibir á este otro, filósofo también, pero mortal enemigo del primero.

EL REY

¡Basta ya, por misericordia! Pesadísima carga.



## ESCENA VI

Los mismos y ARLEQUÍN

ARLEQUÍN

Señor, ¿cuánto me dais si os alivio de ella?

EL REY

Deja bufonadas.

ARLEQUÍN

Fuí comediante mucho tiempo y sé transformarme en mil personas. Ved si no son estos vuestros ademanes y expresión cuando parecéis en la Corte.

EL REY

¿Yo esa figura ridícula?

ARLEQUÍN

Si no fuese ajustada á la verdad, el Gran Chambelán, como buen cortesano, habría protestado antes que vos.

EL REY

Me haces pensar en cosas muy hondas,

Arlequín. Pues bien; toma el manto, el centro, la corona, disfrazate lo mejor que puedas y sé Rey esta tarde; así, á la noche, te hallarás más contento de tu estado y podré yo respirar el aire puro en los jardines, sin tener que aprender los versos de Aricio, que en verdad se resisten á la memoria. Chambelán, mucho rebajo el prestigio de la corona con esta burla.

ARLEQUÍN

¡Quién sabe, señor! Acaso mi ingenio le eleve hoy algún tanto. (*El Rey, el Chambelán y Arlequín salen.*)

## MUTACIÓN

Galería del-Palacio.

## ESCENA VII

**Pantomima.**

Arlequín, disfrazado de Rey, sale con paso majestuoso. Llega Colombina, que se aparta confusa y vergonzosa, creyéndole el Rey. Arlequín apenas puede contener la risa, y, acercándose á ella, la detiene por un brazo, acariciándola muy compla-



cido. Ella, asustadiza al principio, se anima por grados hasta pasar la mano por las barbas postizas de Arlequín. Airado éste se descubre por fin, é increpa á Colombina por su facilidad en dejarse acariciar creyéndole el Monarca. Ella, turbada, se disculpa como mejor puede; esto es, acariciándole más todavía, y le pregunta qué significa aquel disfraz. Arlequín le explica la broma del Rey y le dice que no puede detenerse, pues los deberes de su nuevo cargo le reclaman. Colombina, ya sola, determina darle un buen susto, y se retira para llevar la invención adelante.

## M U T A C I Ó N

Sala del trono.

## ESCENA VIII

ARLEQUÍN de Rey, Cortesanos y Guardias.

Arlequín, majestuoso, recibe en audiencia á varias personas, quienes se retiran muy complacidas de la amabilidad del Soberano. Entra después un encubierto de aspecto misterioso, quien le entrega un pliego cerrado. Arlequín se emociona visiblemente al leer que hay urdida una conjuración

contra el Rey, y que los conjurados, allí reunidos, solo esperan una señal para caer sobre él y asesinarle. La primera intención es arrojar el disfraz y echar á correr; pero como excelente representante, poseído de su papel, procura serenarse y continúa con forzada sonrisa y perceptible temblor, dispensando á todos graciosa acogida. Penetran en el salón varios encubiertos de mirar receloso. Arlequín sigue con la vista sus movimientos, aumentando su turbación al notar que uno de ellos deja asomar el mango de un puñal entre sus vestiduras y le dirige á un tiempo torvas miradas. A una señal se dirigen todos hacia el trono, pero antes de que hayan llegado, Arlequín se despoja de barbas, manto, corona y cetro, arrojándolo todo presuroso. Los conjurados prorrumpen en carcajadas, y, enarbolando sendos garrotes, persiguen á Arlequín, que huye despavorido. Colombina ordena que cesen en su persecución, pues todo ha sido burla suya y de los servidores de Palacio. Salen todos dándole vaya, y Arlequín, corrido, promete vengarse.



## MUTACIÓN

Camarín de la princesa Lesbia.

## ESCENA IX

LESBIA y ZARA

ZARA

Nunca me pareciste más hermosa; te lo aseguro.

LESBIA

Nunca me importó menos parecerlo.

ZARA

¡Cruel egoísmo! ¡Cuando de tu hermosura pende la paz de dos Estados, la vida de millones de súbditos; cuando tantas madres y tantas doncellas enamoradas bendecirán en esta hora tu celestial hermosura, inspiradora de un amor que les permite gozar el suyo sin zozobra!

LESBIA

Tienes razón, Zara mía. Tan elevados

pensamientos debieran enorgullecerme y sublimar á mis ojos el sacrificio que me impone la paz de dos reinos; pero no siento en mí la grandeza de ánimo que una heredera de regia estirpe debe heredar con la sangre de sus ascendientes gloriosos. No he nacido para el puesto que ocupó, lo conozco. Mi pensamiento no acierta á elevarse á sublimes alturas, ni mi corazón es capaz de sentimientos heroicos. Es más reducido el espacio en que vive mi alma y mis afectos más particulares. Por cualquiera de ellos me sacrificara gustosa mejor que por la paz de dos Estados inmensos: tan inmensos, que mi idea se pierde en su magnitud y mi corazón no consigue interesarse en su felicidad. *(Suená música dentro.)*

ZARA

Los enviados del Príncipe llegan á la Corte. Déjame dar la última mano á tu tocado.



## ESCENA X

Las mismas y COLOMBINA, riendo á carcajadas.

LESBIA

Tú eres feliz, Colombina, alegre y des-  
preocupada; sólo ves el instante actual de tu  
vida y sólo por hacerle dichoso te afanas.  
Pero nosotros, previsores de lo más lejano,  
al atormentarnos con lo que no existe, somos  
más infelices en esperar que en padecer el  
mal previsto.

ZARA

¿De qué ríes tan locamente? No será malo  
que aciertes á comunicarnos tu alegría.

COLOMBINA

¡Burla más donosa! Hubiéraisle visto arro-  
jar cetro y corona.

LESBIA

¿Cetro y corona? ¿Qué burla ha sido esa?

COLOMBINA

Preguntad á Arlequín. De puro corrido

no sabrá dar razón. El Rey, vuestro padre,  
y toda la Corte, andan alborozados con la  
burla. (*Se oyen risas.*)

LESBIA

Así, mientras me dispongo á sacrificarme  
por su tranquilidad, todos ríen y gozan, na-  
die comprende mi tristeza. El pueblo solo  
verá en mi enlace ocasión de esparcimiento y  
de luminarias; los cortesanos, de fiestas y de  
mercedes, acordadas con pródiga mano; mi  
padre una decisión de sabia política que le  
asegura con firmeza en el trono.

COLOMBINA

Y vos, una ocasión de figuraros que sois  
muy desdichada, cuando no hay doncella en  
el reino que no se cambiara gustosa por vos.  
¡A fe que el Principito no merece el amor de  
la más encopetada! Por mi cuenta cogí á  
uno de sus mensajeros recién llegados, y es  
la pintura que del Príncipe me hizo para du-  
dar si puede ser más que pintura.

ZARA

¿Cómo fué, Colombina?



## COLOMBINA

Vaya, sin dejar punto. Juntas en un sujeto la gracia juvenil y la arrogancia del hombre fornido, hermoso en demasía para hombre; no busca la idea, sin embargo, parangón para su hermosura en femeniles encantos, sino que, elevándose á ideales alturas, le parangona con gentilicos dioses. Bien proporcionado en su figura á la noble presencia, une el agrado del semblante animado de expresiva mirada. Rara vez abre la boca á la sonrisa y sus ojos bastan á darle expresión sonriente; jamás prorrumpe en frases iracundas, y una mirada le basta para reducir al respeto. Rizosa guedeja orla su rostro, y ya en apacible continente parece infantil cabellera, peinada por la mano amorosa de una madre, ya en el fragor de los combates y al en-crespase al viento desrizada, espantable melena de león. Cerca de la Corte acampado, aguarda anheloso el momento de hacer su entrada en ella, acortando las horas con preparativos de vistosas galas. Lucida sobremañera será su aparición en la ciudad. Caballero en poderosa alfana, gualdrapada de rico bro-

cado, recubierto por completa armadura de argentería, incrustada de brillantes zafiros, prendido á los hombros, con sin igual bizarria, el manto azul donde campean su divisa y blasones bordados en delicadas sedas y valiosa perlería, y por cimera del refulgente casco, flotante, blanco airón mosqueado de zafiros.

## ZARA

¿No te alborozas esa pintura? ¿En qué piensas ensimismada?

## LESBIA

Príncipe poderoso y de tan sobrehumana hermosura, de todos halagado, ¿cómo sabrá guardar moderación en su propio aprecio? Ya me le figuro arrogante y desvanecido, creyendo favorecer con una sonrisa. Enamorado por naturaleza, permitirá que le amen por vanidad pero sin interesar nunca su corazón.

## COLOMBINA

Que es apasionado en extremo, también me aseguraron.



LESBIA

De seguro las damas de la Corte tendrán en él mejor amante que yo esposo. Pongámosle á prueba.

ZARA

Temo que traces algún desatino.

LESBIA

Una burla inocente. El Príncipe permanecerá acampado en una aldea de estos contornos, hasta el día de nuestro enlace.

COLOMBINA

Así es.

LESBIA

Tú, Colombina, te hallas dotada de natural despejo y travesura, y saldrás adelante con la traza.

ZARA

¿Qué intentas?

LESBIA

(*A Colombina.*) Nada más de que tú disfrazada con suntuoso aparato te presentes á él como alguna Princesa ó dama aventurera de singular hermosura.

COLOMBINA

No podrá ser más singular de la que poseo.

LESBIA

Realzada con todo el donaire propio del caso. Toma mis galas y joyas mejores, dispón la comitiva que ha de acompañarte, eligiéndola entre los más discretos á mi servicio, y veremos si mi prometido esposo y señor es tan enamorado como sospecho.

ZARA

No harás tal despropósito: te expones á graves disgustos si el Príncipe se percata de la burla.

LESBIA

Cuantas reflexiones intentes mostrarme, serán inútiles. Déjame gozar á lo menos con estas inocentes travesuras. Si al fin seré su esposa, si mi juvenil alegría ha de trocarse pronto en espetada autoridad bajo el peso de regia diadema, déjame retrasar este instante cuanto pueda y creerme todavía libre y dichosa. ¿No es verdad, Colombina, que harás esto por mí?



COLOMBINA

Con vuestro asentimiento, Arlequín hará un famoso escudero de dama andante.

LESBIA

Reiremos el chasco lindamente.

ZARA

Temo algún grave daño.

LESBIA

Es mi última niñería. ¿Lo ves? Solo en trazarla olvidé mis pesares.

## MUTACIÓN

Sala del trono.

## ESCENA XI

El rey Salomón y la princesa Lesbia en el trono, rodeados de damas y grandes dignatarios de la Corte, guardias y pajes, todos ataviados con magnificencia. Los mensajeros del príncipe Zafir, portadores de los presentes de boda, entran en el salón

precedidos de heraldos con dalmáticas azules, y sobre ellas, ricamente bordadas las armas del Príncipe. Numerosos pajes de admirable hermosura presentan los diferentes regalos, joyas de inestimable precio, telas y brocados orientales, ánforas de oro y cuarzo, y mil caprichosas curiosidades que van mostrando ante la Corte. Por último, acompañado de otros donceles, y ostentando todas galas deslumbradoras, llega Zafirino, embajador del Príncipe su hermano, y con gran acatamiento presenta su mensaje al rey Salomón, quien le acoge graciosamente. Los cortesanos prorrumpen en exclamaciones de júbilo. Después de esto, el Rey y la Princesa descienden del trono y salen con gran ceremonia, acompañados de su comitiva y seguidos de numeroso séquito.

## MUTACIÓN

Galería de Palacio con vista á los jardines.

## ESCENA XII

COLOMBINA y ARLEQUÍN

ARLEQUÍN

¿Y hoy mismo hemos de emprender la jornada?

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN  
BIB. INT. DE LA SECRETARÍA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO